

La escuela como cultura. Espejismos historiográficos

The school as culture. Historiographic mirages

Raimundo Cuesta
(Fedicaria-Salamanca)

Recibido en julio 2018
Aceptado en octubre 2018

Resumen

El concepto de cultura escolar ha colonizado el quehacer de los historiadores de la educación. En esta reseña se toma como base el último libro de Agustín Escolano, uno de los máximos exponentes de ese campo en España, para analizar por medio de su itinerario intelectual la proclividad de sus trabajos hacia una concepción historiográfica de carácter hermenéutico, etnohistórico y basada en la práctica docente. Esa inclinación progresiva hacia la cultura empírica y material de la escuela se plasma en la defensa del museo escolar como fundamento de una nueva educación de la ciudadanía a través del patrimonio, como se narra ampliamente en su libro *La escuela como cultura*. El reseñista de esta obra, además de subrayar su interés, trata de cuestionar algunos de sus supuestos teóricos por ofrecer una perspectiva excesivamente endoscópica y de baja temperatura crítica.

Palabras clave: Cultura escolar, cultura empírica de la escuela, etnohistoria, hermenéutica, historia de la educación, museo escolar y patrimonio educativo.

Abstract

The concept of school culture has colonized the work of the historians of education. In this review, the last book by Agustín Escolano, one of the greatest exponents of this field in Spain, is taken as a basis, to analyze through his intellectual itinerary the steep inclination of his works towards a historiographical conception of hermeneutical, ethnohistorical and based in the teaching practice. This progressive inclination towards the empirical and material culture of the school is reflected in the defense of the school museum as the basis of a new education of citizenship through patrimony, as it is widely narrated in his book *La escuela como cultura*. The reviewer of this work, in addition to underscoring his interest, tries to challenge his theoretical assumptions by offering an endoscopic and low critical temperature perspective.

Key words: School culture, empirical culture of the school, ethnohistory, hermeneutics, history of education, school museum and educational patrimony.

Referencia

Cuesta, R. (2019). La escuela como cultura. Espejismos historiográficos. *Con-Ciencia Social (segunda época)*. 2, 150-162.

“El espejo, después de todo, es una utopía puesto que es un lugar sin lugar.
En el espejo me veo allí donde no estoy”
(Michel Foucault, 2010, p. 76).

MIRANDO AL ESPEJO

“Me veo allí donde no estoy”, dice Foucault en su brillante y desasosegante digresión sobre esas curiosas geografías, las *heterotopías*, lugares sin lugar. Pues bien, *mutatis mutandis*, esta extraña sensación viene pintiparada para ilustrar el efecto especular de esos mortecinos restos de la vida de la escuela que, cada vez más tras el *memory turn* de los años noventa del siglo XX, hoy se ordenan y custodian en los museos, consiguiendo así cobrar nueva vida como fuente de ese pasado ausente que pálidamente reflejan cual espejos que miran al pasado. Ellos por sí mismos constituyen, ciertamente, una congelación ilusoria y utópica del tiempo dentro de un inacabable gran almacén de la cultura escolar, de eso que Agustín Escolano, autor de *La escuela como cultura* (2017), llama en un artículo muy reciente, en el que abordaba el giro afectivo de la historiografía, “un conjunto holístico de cogniciones y emociones” (Escolano, 2018, p. 394). Emociones y cogniciones hibernadas a la espera del historiador-etnógrafo que sepa despertarlas de su letargo.

Durante la Edad de Plata de la cultura española, los historiadores que forjaron la profesionalización y renovación de las artes de Clío, entre los que descuella Rafael Altamira en su tarea de elaborar una historia de la civilización española, distinguían entre historia externa e interna de un país. La “externa” sería algo así como la superficie y la espuma del acontecer de hechos políticos, mientras que la “interna” recogería el palpito profundo y cotidiano del ser de una sociedad, su respiración, lo que Unamuno, desde otra perspectiva, llamaría su “intrahistoria”. Pues bien, desacreditado cada vez más el término civilización por los abusos cometidos en su nombre durante el pasado del colonialismo, cultura, una palabra todo terreno, ha tomado el relevo y se ha puesto a la cabeza de los giros historiográficos ocurridos desde las últimas décadas del siglo XX. Y los historiadores de la educación en España, a pesar de su juventud como corporación (apenas cuarenta años), no han sido una

excepción y han seguido caminado, en buena medida, al compás del estudio de la historia de la *cultura escolar*, hallazgo conceptual de éxito rápido y duradero gracias a su capacidad de albergar indagaciones históricas de muy variada estirpe y condición.

El profesor Agustín Escolano ha sido durante todos estos años uno de los puntales más sólidos en la fundación y renovación de los estudios históricos que toman como objeto la evolución del sistema escolar. Después de una larga y laureada carrera profesional docente e investigadora (inspector, catedrático de universidad, doctor *honoris causa* por la Universidad de Lisboa, cargos directivos en las principales organizaciones españolas e internacionales dedicadas a la historia de la educación, en fin, maestro y referente inevitable entre los historiadores de la educación), hoy ejerce libérrimamente la reflexión y la investigación desde ese peculiar mirador de la institución escolar que es, desde 2006, el Centro Internacional de la Cultura Escolar (CEINCE), privilegiado y estratégico laboratorio de ideas e iniciativas museísticas y formativas, que con voluntad indismutable ha sabido dirigir nuestro profesor desde su sede en Berlanga de Duero (Soria). En la actualidad este paraje y su casa-museo, centro de estudio y documentación y sala de seminarios ya se ha granjeado un merecido reconocimiento internacional entre los círculos interesados en el estudio del mundo de la educación.

El libro objeto de mi comentario (vertido ya al portugués y al italiano) se diría que representa una desembocadura lógica de anteriores trabajos suyos que jalonan e hilvanan un magma teórico fraguado a lo largo de los años noventa. Esta arquitectura se adereza a base de un elenco de investigaciones empíricas cada vez más imbuidas de una perspectiva hermenéutica y etnohistórica sobre el pasado de la escuela. En esta ocasión, como reconoce en una reciente entrevista (De Souza, 2018), la obra se confecciona tomando como banco de pruebas la rica experiencia que el CEINCE proporciona al profesor Escolano para profundizar en el estudio de la memoria como fuente histórica y para cultivar una suerte de arqueología de la educación, en la que se da un encuentro fructífero entre las vivencias rememorativas de las personas que visitan el Centro y los objetos y enseres depositados en su museo escolar. Se

trataría, pues, de ofrecer pautas de cómo acceder a la cultura escolar a través de la experiencia vivida y recordada y mediante una inmersión en las pistas que proporcionan información sobre la “gramática” y los códigos que desvelan lo que subyace a la vida escolar, esa cultura específica que posee una lógica no perceptible a simple vista.

El texto motivo de mi reseña se compone, además de un prefacio del profesor Antón Costa Rico (que solo al final deja asomar un brevísimo ribete crítico con el que coincido)¹, una introducción y una coda, de cuatro partes sustanciales (en realidad, cada de ellas una puede leerse como un ensayo autosuficiente), a saber, "Aprender de la experiencia" (capítulo 1); "La praxis escolar como cultura" (capítulo 2); "La escuela como memoria" (capítulo 3); y "Arqueología de la escuela" (capítulo 4). A poco que se mire, el subtítulo del texto contiene ya una guía sintética del triple eje de todo el contenido: la experiencia, la memoria y la arqueología, auténtica tríada sustentante de la noción de cultura escolar, que maneja el profesor Escolano. Si nos fijamos con atención, cada uno de los lados de este triángulo representa respectivamente el conjunto de lo que se hace y vive (experiencia), la variedad de lo que se recuerda (memoria) y la gama de materiales que forman los estratos a modo de yacimiento de lo que se investiga (arqueología) en la institución escolar. Todo ello, en fin, se encuentra pasado por el tamiz de una mirada que apela a la hermenéutica y a la microhistoria como método de aproximación.

Arranca el libro con una introducción en la que se adelantan conclusiones, hipótesis y enfoque teórico-metodológico, a lo que se añaden leves pinceladas metahistóricas del siguiente tenor: “la práctica como cultura y la cultura como práctica”, retruécano en virtud del que el autor sintetiza su adscripción a una “fenomenología no trascendental” que impele a “ir hacia las cosas como se dan en el mundo de vida” (Escolano, 2017, p. 4). Por consiguiente, la experiencia comparece como la “fuente esencial del conocimiento del pasado” (Escolano, 2017, p. 5) y, en consecuencia, se aborrece el rastro dejado por el positivismo, el estructuralismo o cualquier clase de lo que él califica de

¹ “Sería adecuado que esta indagación sobre la cultura de la escuela mantuviera vínculos con la historia social” (Escolano, 2017, p. VIII).

“apriorismo ideológico”. Se buscaría así una suerte de inmersión en las aguas de la cultura empírica de la escuela (presidida por la praxis del profesor como artesano) a través de la lectura de los restos materiales, escuchando e interpretando su elocuente silencio y recuperando los testimonios de la memoria biográfica y su carga narrativa. Este propósito se verificaría gracias al empleo de una mirada etnohistórica y arqueológica de la escuela, que transforma la interrogación del pasado y la exhibición y exégesis del patrimonio educativo en tema de investigación y formación cívica.

El capítulo primero toma como motivo “Aprender de la experiencia”. La escuela, en este sentido, comparece como un espacio institucional original gestionado por una cultura empírica que comprende los repertorios de prácticas y rituales de la profesión docente progresivamente interiorizados en forma de *habitus*: “La cultura de la escuela, bajo esta perspectiva de análisis basada en la lógica de la práctica, es una cadena de rituales interactivos” (Escolano, 2017, p. 67). Así, según su opinión, en las últimas décadas la invención de conceptos como “gramática de la escolarización” o “caja negra” sirven para subrayar el trasfondo de lo que realmente sucede en las escuelas, para escudriñar los códigos subyacentes que dan cuenta de lo que efectivamente ocurre (y no lo que desean que ocurra reformadores o ilusos progresistas). De modo que ya de manera expresa, en este capítulo, en el que exhibe la múltiple variedad y riqueza de sus fuentes teóricas, se pronuncia a favor de cambiar el punto de mira y dirigirlo a las entretelas de la intrahistoria escolar marcada por lo que llama “cultura empírica”.

El capítulo segundo, “La praxis escolar como cultura”, es una suma y sigue del anterior. Reafirma la etnohistoria como el método más solvente para captar la cultura empírica de la escuela. Considera que “la idea de cultura fue pues en su origen un concepto cargado de intencionalidad hermenéutica y estuvo ligada a la observación, análisis y comprensión de la realidad empírica” (Escolano, 2017, p. 102). De modo que “la Pedagogía que siempre se adscribió, desde sus orígenes como disciplina, a los ámbitos de la razón práctica, solo se puede legitimar en función de sus posibilidades de explicar o gobernar la esfera empírica de la educación” (Escolano, 2017, p. 105). En

verdad, su concepción de las relaciones entre la teoría y la práctica quedan entintadas por la superioridad que atribuye a la práctica y a la dimensión experiencial del quehacer escolar, alimentadas siempre por la *sindéresis* y el buen oficio de la profesión docente.

En el capítulo tercero, “La escuela como memoria” defiende, como no podía ser menos, la preservación de la memoria escolar, a modo de inmersión subjetivista en el *fluir* de recuerdos: “La memoria es un componente estructurador de toda cultura de la escuela, y esta, a la vez, es la construcción de la subjetividad” (Escolano, 2017, p. 192). Aquí la memoria se encarna en las huellas materiales y el profesor Escolano, a fin de sostener sus tesis, narra un interesante conjunto de actividades del CEINCE, banco de pruebas del relato de sujetos diversos puestos ante los restos arqueológicos escolares, que actúan de disparador de sus recuerdos, entre otros los que afloran y hacen de terapia entre los visitantes enfermos de Alzheimer. Por lo demás, el libro goza de un magnífico repertorio de imágenes sobre las que efectúa una fina y lúcida labor interpretativa.

Finalmente, el capítulo cuarto, “Arqueología de la escuela”, aborda la cultura empírica de la institución escolar en tanto que magnífico depósito de restos arqueológicos, un “yacimiento como un texto en forma de palimpsesto” (Escolano, 2017, p. 242). En este capítulo se aboga por una labor histórica semejante a la del detective a la búsqueda de huellas y por una aproximación microhistórica semejante al método indiciario de Carlo Ginzburg. La cosecha de conocimiento obtenida por esta metodología se apoya en la labor documental y museística del CEINCE: “Los museos, en las sociedad de nuestro tiempo, establecen y simbolizan registros cognitivos y afectivos y, al definir y fijar la memoria, afectan a la cohesión social y cultural de los sujetos, así como a la reconstrucción de la identidad de estos y de la comunidad de pertenencia” (Escolano, 2017, p. 277).

En la coda, “Cultura de la escuela, educación patrimonial y ciudadanía”, defiende la hermenéutica como arma para la educación patrimonial: “los testimonios del pasado y en su hermenéutica se puede sustentar una nueva educación histórica de la ciudadanía” (Escolano, 2017, p. 296). Esta salida por

la vía patrimonial es una manera de revitalizar el peso de la historia de la educación por medio de su inserción en el *curriculum* y a través del turismo cultural, una especie de turismo de la memoria.

Creo que la lectura de este libro, sin duda recomendable, merece una atención muy especial. Por mi parte, intentaré mostrar y trasladar a nuestros lectores y lectoras algunas dudas y ciertas discrepancias con un pensamiento de raigambre fenomenológica, que hoy atrae e inspira a algunos de los sectores más activos entre los historiadores de la educación. En mi opinión, estos han adoptado una cierta versión del ubicuo concepto de *cultura escolar* como alfa y omega de su horizonte teórico, que tiende a travestir la institución escolar en una especie de cultura de invernadero, autosuficiente y susceptible de ser comprendida desde una prospección endoscópica (que mira casi solo hacia dentro), lo que no deja de ser un espejismo que evita una contemplación de mayor temperatura crítica.

UN ENFOQUE ETNOHISTÓRICO DE LA ESCUELA

Sin duda la excelente obra de Agustín Escolano se inscribe dentro del triunfo de la historia cultural acaecido en el seno del campo de la educación en los años noventa del siglo pasado. Dentro de ese viraje hacia lo simbólico, triunfa y se abre paso una suerte de historia antropológica (ya visible en la tercera generación de la escuela francesa de los Annales), según la cual el análisis cultural no puede considerarse “una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa a la búsqueda de significaciones” (Geertz, 1990, p. 20). En el campo de la historia de la educación, la traducción de ese interés por la cultura entendida como estructuras de significación socialmente establecidas lleva a la confección de un verdadero concepto-recipiente, cultura escolar, llamado a tener una gran aceptación al punto de que hoy parece de uso inevitable en las pesquisas sobre la escuela. El éxito de un sintagma de esta clase no se debe a su originalidad o pertinencia porque su empleo ya estaba muy presente en los primeros análisis etnográficos de las escuelas norteamericanas al menos desde los años treinta (Elías, 2015, pp. 286-287) o en el estudio del impacto real de los cambios educativos (Saranson, 1976). La resurrección de la cultura escolar como objeto y como

concepto heurístico al servicio de los historiadores de la educación está muy vinculada a la estela de influencias y legados de la historiografía francesa. Es opinión común que la primera definición, luego recitada hasta su conversión en santo y seña del campo profesional, corrió a cargo del Dominique Julia. Según este insigne historiador francés, por cultura escolar se podía entender el conjunto de normas que definen lo que hay que enseñar y las conductas que deben ser inculcadas, es decir, un conjunto de reglas y prácticas que permiten la transmisión de los conocimientos y la correlativa interiorización de comportamientos, en suma, se trataría de un agregado de normas y prácticas articuladas conforme a las variables finalidades educativas de cada época histórica (Julia, 1995).

Por aquel entonces, desde los Estados Unidos llegaba la noción de *grammar of schooling* de Larry Cuban y David Tyack (2000), que también junto a otras como *black box*, empleará el profesor Escolano junto a un variado abanico de estilemas gratos a la perspectiva cultural de la historia de la educación que, en su caso, extreman y acentúan la dimensión etnográfica y hermenéutica de la vida escolar. Esta corriente, en el terreno que nos ocupa, se puso al servicio de una cuestión clave en la España que vivía la aprobación y aplicación de la LOGSE, a saber, ¿por qué fracasan las reformas educativas?

Entre 1983 (comienzo de reformas experimentales) y 1995 (primera aplicación de la LOGSE) acontece en España un ciclo de políticas educativas de impregnación socialdemócrata. La ola de la cultura escolar vino precedida y acompañada, desde comienzos de los años noventa, por una novedosa atención al estudio de aspectos hasta entonces no habituales de la historia de la educación española como, entre otros, los espacios, los tiempos, el *curriculum* o los libros de texto. En ese contexto de reformismo educativo y revisión de los objetos de conocimiento, el profesor Antonio Viñao, otro de los más prestigiosos miembros de la comunidad de historiadores de la educación, escribió en 1996, cuando ya era evidente el declive del reformismo educativo hispano, una ponencia que daba la bienvenida y consagraba académicamente la noción de cultura escolar (Viñao, 1998). Antes y al mismo tiempo se verificaba la eclosión de exposiciones, creación de museos y todo

un elenco de actividades y publicaciones de nuevo cuño dentro de las que la figura de Escolano sobresale eminentemente y con personalidad propia. En ese camino cabe destacar que nuestro autor planteó una muy sugerente segmentación de la cultura escolar en tres culturas: empírica, teórica y política (Escolano, 2000a). Si se me autoriza la licencia, las “tres culturas de la escuela de Escolano”, tuvieron un impacto muy estimulante y esclarecedor sobre la investigación histórico-educativa española, incluyendo la que se venía realizando desde Fedicaria. El entendimiento de la escuela como un choque interactivo de culturas (la de los docentes, la de los teóricos de la Pedagogía y la de los políticos reformadores) constituyó entonces una excelente herramienta heurística para examinar críticamente las políticas educativas que culminaron en la LOGSE y en su posterior desarrollo normativo, pero también fue un acicate para aplicar esa tríada de culturas a otros periodos de la historia de la educación. Sorprende, sin embargo, cómo en el libro ahora comentado y en otras obras del profesor Escolano la cultura empírica lo acaba invadiendo todo y se convierte en núcleo clave y piedra de toque de su propuesta de estudio de la escuela, dejando un tanto postergada la interacción con las otras dos culturas. De ahí que, en concordancia con esa deriva, tengo para mí que la mirada de nuestro profesor se hace cada vez más endoscópica, un punto ajena y distanciada de lo que ocurre más allá de los muros de las aulas.

No obstante, no es fácil discernir cuándo es ya irreversible el viraje de nuestro historiador hacia la historia cultural. Todavía en 1997, en una obra colectiva sobre tendencias historiográficas (1997), defendía la historia social como el paradigma renovador de la historia de la educación en España, y allí en absoluto comparecía la problematización que la llamada postmodernidad ocasionó en el discurso de los historiadores, asunto que, sin embargo, ya estaba presente en su aportación a la obra colectiva, *La cultura escolar de Europa*, coordinada por Julio Ruiz Berrio (Escolano, 2000b). En ella muestra su apertura a las nuevas corrientes postsociales y, si bien señala que sus repercusiones en España han sido débiles, miméticas, eclécticas e irregulares, se pronuncia con rotundidad a favor de un enfoque etnohistórico y

hermenéutico (Escolano, 2000b, p. 322)². Aquí aflora la deriva culturalista y antro-po-hermenéutica, con orientación hacia la cultura material de la escuela, ya sugerida a lo largo de todos los noventa, pero ahora cada vez más reforzada como muestra su participación en el XII Coloquio de la Sociedad Española de Historia de la Educación (SEDHE), celebrado en Burgos en 2003, donde expuso una ponencia titulada “Etnografía escolar: espacios y actores”. En ese mismo año se crea la Sociedad Española para el Estudio del Patrimonio Histórico Educativo (SEPHE) y posteriormente se funda el CEINCE en 2006. Poco después sistematiza estas ideas bajo los supuestos del paradigma “práctico” y ahonda en la definición de cultura escolar (suele usar más frecuentemente “cultura de la escuela”), señalando sus tres dimensiones (empírica, teórica y política) y sus cinco ámbitos de estudio (escenarios, actores, *curriculum*, mediaciones y dispositivos de organización) (Escolano, 2008a).

En fin, como sucede dos décadas antes de la publicación del libro que cometamos, ya la cultura escolar está omnipresente, empero haciendo un fuerte énfasis en varios aspectos: la cultura empírica, la práctica docente, la cultura material, la memoria subjetiva y la narrativa como fórmula de expresión y captura de las experiencias personales de la escolarización (Escolano, 2007 y 2008b). Todo ello sería inconcebible sin el paralelo triunfo de la memoria como categoría histórica y la proliferación de congresos y conmemoraciones sobre diversas dimensiones de la cultura escolar, muestras y exposiciones sobre su pasado, museos conservadores del utillaje material de las escuelas, etc. Ni que decir tiene que el éxito de estas iniciativas produjo una eclosión del ocio y turismo cultural a través de visitas al patrimonio educativo, pauta dentro de la que se inscriben las proposiciones que se formulan en el libro motivo de esta reseña.

² Estas ideas ya las había mostrado cuatro años antes en un artículo publicado en inglés en *Paedagogica Historica* (Escolano, 1996), que, en realidad, fue el bastidor sobre el que se escribió su colaboración en el libro colectivo del año 2000 dirigido por Julio Ruiz Berrio. Así pues, ya en 1996 se hacía eco del surgimiento de las tendencias historiográficas postmodernas.

Ya en 2007, con ocasión del curso de verano celebrado en Jaca y organizado por el proyecto Nebraska de Fedicaria, Agustín Escolano (2008) manejaba un arsenal teórico-conceptual muy amplio y refinado, que bien podría juzgarse como un adelanto del encofrado de categorías que ahora se reúnen en la *Escuela como cultura*. En ese mismo año escribí en *Con-Ciencia Social* una reseña titulada *Endoscopia de la escuela en España* (Cuesta, 2007) con la que pretendía glosar las virtudes y defectos de un espléndido texto que había coordinado (Escolano, 2006). Diez años más tarde, su obra no ha hecho más que acentuar el carácter práctico, hermenéutico, anamnético y arqueológico de su enfoque acerca de la realidad escolar.

Al fin y a la postre, el profesor Escolano, desde su atalaya del CEINCE, defiende, a partir de una magnífica y muy variada dotación de lecturas y de un muy valioso esfuerzo interpretativo de imágenes y testimonios, una particular versión de la cultura escolar, que se verifica en forma de sinécdoque: sustituye el todo (las “tres culturas”) por una de sus partes (la “cultura empírica”). Todo ello arroja como resultado una aproximación endoscópica (desde y hacia dentro de la escuela) y un bagaje teórico un punto ecléctico (mezcla de los diversos hilos que hilvanan una historia antropológica), que lleva ineluctablemente a un memoria nostálgica, teñida de un cierto fetichismo respecto a las piezas albergadas en los museos y quizás atravesada por una excesiva reverencia hacia la sabiduría práctica de los docentes. Es más, la crítica de la cultura en sentido amplio (como conjunto de los bienes culturales en la era del capitalismo) requiere, si no queremos toparnos con las distorsiones que aquejan a los espejismos, ampliar el radio de observación e ir más allá de una inmersión en la cultura escolar como si esta fuera un flujo de significados neutros y ajenos a las relaciones de poder externas a la misma. El verdadero significado está simultáneamente dentro y fuera de la institución escolar porque la escuela es la sociedad. Por ejemplo, la memoria individual suscitada por la contemplación del ajuar de las aulas no deja de ser en buena parte la imagen refractada de las representaciones colectivas hegemónicas, a menudo “azucaradas”, que modelan la conciencia histórica de cada cual. La memoria subjetiva es, pues, un dato sobre el que captar, elucidar e interpretar

la carga fantasmagórica que transporta y, por tanto, queda lejos de constituir un fin en sí mismo. Finalmente, pienso que el valor y el futuro de la historia de la educación, desde mi punto de vista, genealógico y crítico, no debe quedar ni reducido ni circunscrito a las potencialidades educativas del patrimonio escolar. Ciertamente, considero que el gran desafío de la historiografía cultural de inspiración “postmoderna”, entronizadora del fragmento como objeto de conocimiento, consiste precisamente en desentrañar “en el análisis del pequeño momento singular, el cristal del acontecer total” (Benjamin, 2005, p. 463).

REFERENCIA PRINCIPAL

Escolano, A. (2017). *La escuela como cultura. Experiencia, memoria y arqueología*. Campinas: Alínea Editorial.

REFERENCIAS

Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.

Cuesta, R. (2007). Endoscopia de la escuela en España. Una singular historia de la cultura escolar. *Con-Ciencia Social*, 11, 119-124.

De Souza, J.E. (2018). La escuela como cultura y sus prácticas educativas: entrevista con Agustín Escolano. *Conjetura: Filosofía y Educación*, 23, 199-207.

Elías, M.E. (2015). La cultura escolar: una aproximación a un concepto complejo. *Revista Electrónica Educare*, 19, 2, 285-301. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.15359/ree.19-2.16>

Escolano, A. (1997). Historiografía educativa. Tendencias generales. En Gabriel, N. y Viñao, A. *La investigación histórico-educativa, Tendencias actuales* (pp. 51-84). Barcelona: Ronsel.

Escolano, A. (1996). Postmodernity or High Modernity? Emerging Approches in the History of Education. *Paedagogica Historica*, 32 (2), 325-341.

Escolano, A. (2000a). Las culturas escolares del siglo XX. Encuentros y desencuentros. *Revista de Educación*, número extraordinario, 201-218.

Escolano, A. (2000b). La historia de la educación después de la postmodernidad. En Ruiz Berrio, J. *La cultura escolar de Europa*.

- Tendencias históricas emergentes*, (pp. 297-323). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Escolano, A. (dir.). (2006). *Historia ilustrada de la escuela en España. Dos siglos de perspectiva histórica*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- Escolano A. (ed.) (2007). *La cultura material de la escuela. En el centenario de la JAE, 1907-2007*. Salamanca: Varona.
- Escolano, A. (2008a). La escuela como construcción cultural. El giro etnográfico de la historiografía de la escuela. *Espacio en Blanco. Revista de Educación*, 18, 131-146. Recuperado de <http://www.redalcy.org/articulo.oa?id=384539800006>
- Escolano, A. (2008b). La cultura empírica de la escuela. Aproximación etnohistórica y hermenéutica. En Mainer, J. (coord.): *Pensar críticamente la educación*, Zaragoza: Pressas Universitarias de la Universidad de Zaragoza (pp. 145-172), 145-174.
- Escolano, A. (2018). El giro afectivo en la formación humana. Memoria de la escuela y emociones. *Historia y Memoria de la Educación*, 7, 391-342. Recuperado de <https://bit.ly/2BFqkq>
- Foucault, M. (2010). *El cuerpo utópico y las heterotopías*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Geertz, C. (1990). *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.
- Julia, D. (1995). La culture scolaire comme objet historique. *Paedagogica Historica*, 31 (1), 353-382.
- Saranson, S.B. (1976). *The Culture of the School and the Problem of Change*. Boston: Allyn and Bacon.
- Tyack, D. y Cuban, L. (2000). *En busca de una utopía. Un siglo de reformas de las escuelas públicas*. México: FCE.
- Viñao, A. (1998). Por una historia de la cultura escolar: enfoques, cuestiones, fuentes. En Almuiña, C. (coord.). *Civilizaciones y culturas* (pp. 165-184). Valladolid: Universidad de Valladolid.